

UNA OBRA DE RISUEÑO —  
EL RETRATO DEL ARZOBISPO ASCARGORTA  
Por E. O. D.

En la colección de retratos existentes en el Palacio Arzobispal de Granada, descuella sobre todos el que, allá por los primeros años del setecento, hizo José Risueño, del famoso Arzobispo D. Martín de Ascargorta. Aunque no se trata de una obra totalmente desconocida, sin embargo (como ocurre con gran parte de la pintura granadina), desde D. Manuel Gómez Moreno González apenas ha sido recordada y, desde luego, nunca se ha valorado ni señalado su significado dentro de la escuela de Granada y en relación con el resto de la pintura española de su época (1). Estamos seguros de que la fotografía que de ella publicamos, aún implicando ya una reducción de sus valores, basta no obstante para destacar esa significación y para señalar a su autor como a uno de los pocos artistas que continuaron, hasta bien entrado el siglo XVIII, la tradición de las grandes escuelas pictóricas del Siglo de Oro (2).

\* \* \*

De los dos caminos —realista e idealista— por los que el espíritu español se lanza en el siglo del barroco, el arte granadino,

---

(1) V. Manuel Gómez Moreno.—*Guía de Granada*. Granada 1892 y Augusto L. Mayer.—*Historia de la Pintura española*. Madrid 1928.

(2) De José Risueño (1665-1732) aún hoy podría decirse, como a fines del siglo pasado decía el Sr. Gómez Moreno González en un breve estudio inédito sobre la pintura en Granada: "... ni es bien conocido, ni su obra lo estimada que debiera ser".

sostiene entre sus manos, aparta de él un instante su atención. Una luz vigorosa ilumina la cabeza y la hace resaltar del conjunto, concentrándose en ella el interés del cuadro. Pecho y manos quedan también iluminados, aunque más suavemente, mientras los hombros y los brazos se pierden, poco a poco, en la sombra. El dibujo es ajustadísimo; los pliegues y arrugas de la boca están contruídos con el más pequeño detalle, pero siempre conservando la calidad de parte blanda y ya floja por los años, sin que, a pesar de la violencia de la luz, toda esta zona de pequeños planos enlazados se recorte con líneas que acusen dureza. La mirada, desviada hacia el espectador, le hace levantar la ceja izquierda y acentuar las arrugas de la frente, y da ocasión al dibujante para recoger esa pequeña anomalía del párpado, propia de la edad. Es claro que esta acumulación de detalles no está lograda de modo valiente y espontáneo: se percibe la insistencia, la vuelta sobre lo hecho, la pequeña pincelada conseguida con trabajo... Pero esta lucha con los medios y con el modelo se realiza sin desalientos. El pintor sabe lo que hay que hacer y pinta seguro, confiado en la consecución feliz de su propósito.

A pesar y por encima de todos estos valores, lo que más impresionada de este retrato es su vigor colorista, en particular, de la cabeza, entonada en tintas calientes, realzadas por un fondo carminoso oscuro de cortinajes.

La misma insistencia con que está hecha, en vez de quitarle transparencia al color se la acrecienta, ayudándole esta técnica pastosa a su efecto jugoso y fresco, y todo se intensifica y valora, aún más, por las tintas claras y brillantes —celestes y rosas— del luminoso paisaje que se descubre tras la ventana del fondo.

Aparte del valor absoluto de esta obra, considerada fuera del lugar y tiempo en que se produce, hay que estimar en ella, como decimos, lo que significa en la evolución de nuestra pintura. Dentro de lo granadino constituye una excepción y en cuanto al resto de España, si pensamos en lo que, por esos mismos años —fines del siglo XVII y principios del XVIII— se producía, aún en los focos principales, como Madrid y Sevilla, hay que reconocer que bien puede figurar casi a la cabeza de los retratos que por entonces se pintan. En el grupo madrileño, Coello —que del núcleo de la época de Carlos II es el que más tarde desaparece— había muerto en 1793. Únicamente Palomino podría señalarse como figura relevante y el retrato no era precisamente su fuerte. En Se-

villa, el grupo de imitadores y continuadores de Murillo no nos ofrece tampoco una nota de vigor y fuerza de dibujo que pueda igualarse a lo hecho por Risueño. La afirmación de Palomino, al decir que éste era “el mejor dibujante de Andalucía” no tiene, pues, nada de hiperbólica y nada exageramos tampoco por nuestra parte, si afirmamos, sin temor a excedernos, que esta obra es, no solamente el mejor retrato que nos lega la pintura granadina posterior a Cano, sino también uno de los mejores que se pintaron en España en los principios del siglo XVIII

Es de indicar cómo casi todos los retratos que en siglos posteriores se hicieron del célebre Arzobispo tuvieron por modelo la obra de Risueño. Poco tiempo después de muerto Ascargorta debió de hacer Ahumada su grabado; sigue en él fielmente el retrato hecho por el pintor, como si quisiera con ello mostrarnos lo apreciada que era aquella obra entre sus contemporáneos.

En el siglo pasado, el pintor granadino Félix Estévan, conocido sobre todo por sus retratos, volvió a utilizar la obra de Risueño en el que hizo del citado Arzobispo para el Colegio del Sacro Monte de Granada, en el cual, a pesar de su entonación fría y de algún pormenor se ve cómo apenas hizo más que copiar el retrato del Palacio Arzobispal. (1).

---

(1) Firmado: F. Estévan Fecit. 1871.





El Ill.<sup>mo</sup> S.<sup>to</sup> D.<sup>o</sup> Martín de Ascargorta natural de Ciudad y enesta de Granada Collegial en el el Sacro Monte Visitador Gen.<sup>l</sup> de Conventos de Moral de la S.<sup>ta</sup> Yglesia de dha Ciudad. Canón. Granada. electo Obispo de N. S.<sup>ra</sup> de la Paz en 23 de febrero de 1719. enterose el día 28 de Mayo de 1693. en el de N.<sup>ra</sup> S.<sup>ta</sup> de la Asunción de mayor. y Real de S. Cruz de la Ier. y Canonigo de de Monjas del Arzobispado de Sevilla. Cathe.<sup>dr.</sup> de Antico Magistral y Arzoprate de la Santa Yglesia de Indias. Dean de Granada. Obispo de Salamanca desde 24 de Julio de 1693 años hasta el día de dicho mes. en que cumplio los 8.<sup>tos</sup> de su edad.

RISUEÑO.—RETRATO DEL ARZOBISPO ASCARGORTA.  
(PALACIO ARZOBISPAL DE GRANADA)





JOSE AHUMADA.—RETRATO DEL ARZOBISPO ACARGORTA  
REPRODUCIENDO LA OBRA DE RISUEÑO